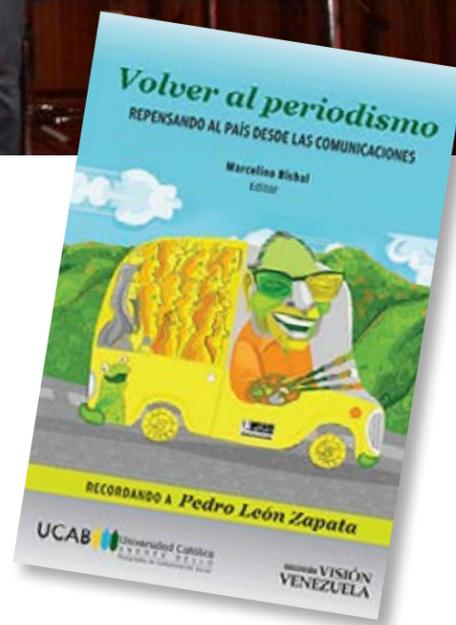


Marcelino Bisbal, Mara Comerlati, José Virtuoso s.j.,  
Elías Pino Iturrieta y Laureano Márquez

**“Si hoy esas obras nos acompañan como parte de la vida que vivimos, ¿qué serán mañana? No es difícil llegar a una respuesta plausible: serán la clave para que los venezolanos del futuro, especialmente los ocupados de investigarla, sepan cómo fue de veras la tragedia que experimentamos...”**

**ELÍAS PINO ITURRIETA**



## En franco homenaje a Pedro León Zapata

*El 6 de febrero de este año se cumplió un año de la ausencia de Pedro León Zapata. En tal sentido, el Programa de Postgrado en Comunicación Social de la UCAB quiso recordar al maestro Zapata. Para ello reunió a Elías Pino Iturrieta, Laureano Márquez y Mara Comerlati (viuda y compañera de Pedro León) para rendirle tributo y presentar el libro Volver al periodismo... que nos ofrece una separata con dieciséis caricaturas de Zapata en donde el tema del periodismo y la libertad de expresión son el motivo principal. Estas son las palabras del historiador Elías Pino Iturrieta en ese homenaje.*

### ELÍAS PINO ITURRIETA

Como se sabe, en el programa de los veinte años del Postgrado en Comunicación Social de nuestra UCAB, presidido por el rector Virtuoso, se decidió rendir homenaje a Pedro León Zapata con la presentación del libro *Volver al periodismo. Expresando el país desde las comunicaciones*. En eso estamos hoy, y es un honor hablar ahora un poco sobre la obra del maestro a quien se rinde justo tributo. Un poco, nada más, porque estamos ante el trabajo de un gigante a cuya obra es mucho lo que debemos como sociedad y como individuos. Por lo tanto, apenas se pueden abocetar algunos aspectos de lo que nos legó.

“Con los pies en la tierra. Recordando a Pedro León Zapata”, se lee en el encabezamiento de la invitación que hoy nos reúne. Eso de pensar la realidad sin despegarse de ella para interpretarla a través del arte fue la faena habitual del maestro. Sus obras son un espejo de la vida cotidiana, de las vicisitudes de todos los días, de lo que sucede a los hombres comunes y corrientes por la influencia de quienes se convierten en sus admi-

nistradores, o en sus líderes, o en sus mandones. Pero no estamos ante descripciones ordinarias, ni ante atisbos de la superficie que desaparecen en breve, sino ante piezas llamadas a la permanencia, a quedar entre nosotros mientras las peripecias de cada día dan paso a otras de la misma especie que las reemplazan en la existencia de cada quien y de la colectividad toda en sentido panorámico para que puedan condenarse al olvido. Cuando Pedro León Zapata las recoge en su labor aparentemente menuda de todos los días, o en sus obras mayores, se establecen como una referencia ineludible, es decir, como material del que no se puede prescindir para el entendimiento de la realidad de la que fue intérprete profundo y, desde luego, igualmente protagonista principal.

Si hoy esas obras nos acompañan como parte de la vida que vivimos, ¿qué serán mañana? No es difícil llegar a una respuesta plausible: serán la clave para que los venezolanos del futuro, especialmente los ocupados de investigarla, sepan cómo fue de veras la tragedia que experimentamos y en torno a la cual apenas dejamos

**(...) es evidente que supo poner el ojo en los asuntos de incumbencia general para dar siempre en el clavo y para que sintiéramos que el martillo que daba en ese clavo lo movíamos nosotros, sus lectores y sus espectadores.**

testimonios perecederos, sombras pasajeras, urgencias arrinconadas por el paso del tiempo y por las debilidades de la memoria. Pedro León Zapata las ha recogido en la oferta diaria de sus caricaturas, o en obras de gran aliento que, así como forman parte del patrimonio de la actualidad, tienen como destino la vida que no ha sido todavía, las experiencias correspondientes a un porvenir que debe ocuparse de ellas en la medida en que representan con fidelidad lo que ese provenir necesita para entenderse con sus desafíos partiendo de una plataforma sólida.

En un dibujo de antología que aparece en la invitación de este acto, Edo pinta al maestro como conductor de un autobús repleto de personas anónimas, unas personas anónimas a quienes sirvió con su genio. ¿Hacia dónde las conduce? ¿Cuál es el itinerario de ese viaje aparentemente corriente, aparentemente habitual? El chofer de festivo rostro no tiene las manos puestas en el volante del transporte colectivo, sino en sus colores y en sus pinceles. No es una guagua que va en reversa, como dice la canción, sino todo lo contrario. El chofer que no se ocupa del volante, sino de su asunto de pintar y pintar, hace un viaje hacia hechos que no han pasado, hacia lo que no ha sucedido todavía, con el propósito de meter a sus pasajeros en la historia, para hacer de la presencia de todos nosotros un asunto posterior e insustituible sin el cual no se puede llegar a un entendimiento cabal del país contemporáneo. Tal es, desde mi opinión, la trascendencia de la obra del excepcional artista.

Los trabajos cotidianos de Zapata se diferencian de los otros de la misma especie por el vínculo singular que establecen con la realidad. ¿Por qué es el dibujante y el artista que se ha convertido en una referencia especial, en una visita obligatoria, en una necesidad compartida por la colectividad? No tengo una respuesta nacida del saber profesional, ni del conocimiento de las bellas artes, pero es evidente que supo poner el ojo en los asuntos de incumbencia general para dar siempre en el clavo y para que sintiéramos que el martillo que daba en ese clavo lo movíamos nosotros, sus lectores y sus

espectadores. Recreó la realidad con una subjetividad que, debido a sus altos vuelos, dejó de ser una sensibilidad individual para devenir en aceptación general y gozosa, en trabajo de todos hecho por todos, aún por los que carecemos de habilidades artísticas. De allí la importancia de su legado, sin menoscabo de lo que los otros de su oficio hicieron y hacen por Venezuela.

Es evidente que semejantes resultados se deben a una formación profesional meticulosa y comprometida, pero también a cómo, mientras maduraba en ella, supo buscar caminos de autonomía que lo llevaron a ser lo que fue y sigue siendo. Tengo al respecto una hipótesis que quizá lleve a alguna conclusión digna de crédito. Como deben ustedes saber, después de estudiar en la Escuela de Artes Plásticas de Caracas, en 1947 el joven Pedro León Zapata fue a perfeccionar su oficio en México. Allí estuvo durante once años, primero como discípulo y después como docente. No solo estaba entonces en su apogeo el muralismo post revolucionario, una tendencia de prestigio universal, sino también la dictadura personal de Diego Rivera. Zapata recogió en algunos relatos sobre su establecimiento mexicano el impacto que causaba el gran Rivera ante sus discípulos y ante el público en general, pero también la tiranía que pretendía imponer sobre las tendencias pictóricas y sobre temas políticos. La clientela que le seguía era entusiasta, caudalosa y fanática, según los fragmentos del joven venezolano que lo escuchaba o que aprendía de él. Sin expresar críticas fulminantes en sus relatos, ese joven perspicaz y talentoso advirtió que lo más conveniente era distanciarse de esa autocracia capaz de encasillarlo para que mirase la realidad y la reprodujera según los ojos y los caprichos de un genio orientado a la omnipotencia. Tomó las prevenciones del caso, por lo tanto, y se convirtió del todo en Pedro León Zapata. Un artista en proceso de formación que es capaz de llegar a una conclusión de esta magnitud estaba llamado a los grandes destinos que celebramos hoy.

Es la madurez y la lúcida independencia que advierten los venezolanos a partir de 1958, cuando vuelve para colaborar en importantes publicaciones humorísticas como *Dominguito*, *Una señora en apuros*, *El Fósforo*, *La hallaca enfurecida*, *La pava macha* y *La saporapanda*;

o para dirigir dos muy importantes: *Coromotico* y *El Sádico Ilustrado*. O cuando se convierte en la estrella y el alma de las páginas de opinión de *El Nacional* con sus dibujos diarios, desde 1965 hasta enero de 2015. Es entonces cuando se convierte en traductor imprescindible de nuestra realidad, a través de unos fragmentos cotidianos que, aparte de expresarse con una personalidad y con una calidad capaces de transmitirse y de pegarse en ojos y en corazones ajenos, hacían radiografías profundas de Venezuela. De allí el respeto y la confianza que inspiraban en los destinatarios del periódico, pero también, desde luego, el temor y aún el odio que provocaron en los detentadores del poder ante el cual jamás se inclinó. De allí el hecho de que todavía *El Nacional* se aferre a sus viñetas, sin atreverse a buscarles sustituto.

Quienes busquen un entendimiento más completo del maestro deberán detenerse en sus obras de gran formato: el mural de la Escuela Gran Colombia, de Catia; el mural de la Fundación Agua Fuerte, en Uraca; el tríptico titulado *Noble Pueblo*, que está en la sede de *El Nacional*; el mural *Conductores de Venezuela*, en las afueras de la UCV; y dos murales en cerámica que hizo en Lecherías. Allí está el gran Zapata en toda su extensión, como está la sociedad toda de cuyas miserias fue elocuente heraldo. Pero también está en su ininterrumpida actividad como vestuarista y escenógrafo, gracias a la cual se puede obtener la visión redonda que requiere una obra así de dilatada y profunda. Pero también sin olvidar que el artista no solo nos entró por los ojos, sino también por los oídos. Señor de la palabra bien hablada, de la voz expresada por sutil torrente, de los sonidos comunicados para el deleite, jamás para el agobio y para la afrenta, ojalá pudieran imitar la pulcritud y la decencia de su oralidad los hombres públicos de nuestros días.

Apenas están ustedes, respetados amigos, ante un boceto de todo lo que hizo por nosotros y para nosotros Pedro León Zapata. Hace falta una voz más autorizada y más laboriosa que recoja la abundancia y la excelencia de una cosecha trascendental. Por fortuna, destacados especialistas como Salvador Garmendia, Hildemaro Torres, Perán Ermíny, Víctor Guédez, Juan Carlos Palenzuela, Elisa Lerner, Sofía Ímber y Simón Alberto Consalvi, entre otros, se han referido a su legado

con justicia y sabiduría. A ellos remito, para que remienden las imperfecciones de lo que han escuchado. Pero hay algo que ellos no han dicho del todo, que quiero transmitirles antes de terminar. Creo que es el lugar adecuado para hacerlo.

Pedro León Zapata ha dejado una obra dispersa, que requiere de organización y catalogación; el cúmulo de sus caricaturas, dibujos guardados en las gavetas de su estudio, obras mayores que esperan por los espacios que las exhiban y por el público que las honre, sonidos que deben escucharse de nuevo. Hoy cuentan con la protección de sus herederos, y especialmente con la devoción de Mara Comerlati, su gran compañera de camino, la mujer que en buena hora encontró para seguir el trayecto hasta las postrimerías, pero hace falta una presencia más institucional y mejor dotada en recursos materiales para que todo lo que hizo se convierta en patrimonio de la sociedad toda, y en incentivo para una vida mejor. Allí les dejo esto, autoridades, profesores, administradores, estudiantes y amigos de la UCAB, con la seguridad de que, pese a los aprietos de la actualidad, no le estoy hablando a las paredes.

Ha sido un acierto y un acto de justicia este homenaje a un gran venezolano, que ha hecho hoy el Postgrado en Comunicación Social de la UCAB. Bien hecho, rector. Bien hecho, Marcelino. Bien hecho, amigos coordinadores. Es una manera de custodiar los valores de la patria desde el seno de una gran casa de estudios. Fue un privilegio que me hayan invitado a decir lo que dije; y que dejo hasta aquí en la seguridad de que les irá mejor oyendo a Laureano Márquez. Muchas gracias por su atención.

#### ELÍAS PINO ITURRIETA

*Historiador. Fue Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB. Profesor Titular de la UCV y de la UCAB. Escritor, individuo de número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, a la cual se incorporó el 27 de febrero de 1997. Editor Adjunto del diario El Nacional desde 2013.*

**Señor de la palabra bien hablada, de la voz expresada por sutil torrente, de los sonidos comunicados para el deleite, jamás para el agobio y para la afrenta, ojalá pudieran imitar la pulcritud y la decencia de su oralidad los hombres públicos de nuestros días.**